

Autor, editor, puesta en obra: desencuentros y conciliaciones en los contornos de un libro (*Operación masacre*, 1957)

Victoria García*

RESUMEN

En este artículo se estudian algunos aspectos problemáticos del proceso de puesta en obra de un texto, realizada con el libro como soporte de la comunicación discursiva. Se analiza, específicamente, la relación que se establece entre autor y editor, entendidos como figuras socialmente delimitadas, en el caso particular de un libro: la primera edición de *Operación masacre* (1957), de Rodolfo Walsh. A partir de un análisis de los discursos peritextuales autorales (internos) y editoriales (externos) del libro, se indagan los modos de construcción del autor y su obra, distinguiendo los posicionamientos institucionales y político-ideológicos que orientan, respectivamente, la implementación peritextual autorial y editorial. Asimismo, se muestra la interrelación entre dichos posicionamientos, condicionada por el contrato de edición que hace posible la realización material del libro.

Palabras clave: *condiciones de editabilidad, discursos peritextuales, posicionamiento discursivo.*

ABSTRACT

This article studies some troublesome aspects arisen in the process of turning texts into works, considering the object book as the medium of discursive communication. It specifically deals with the relationship between the socially delimited figures of the author and the editor by focusing in the particular case of one book —the first edition of Rodolfo Walsh's *Operación masacre*, published in 1957. Based on an analysis of the authorial (internal) and editorial (external) peritextual discourses of the book, we investigate the ways in which the author and the work itself are constructed, distinguishing the

* Licenciada en letras, Universidad de Buenos Aires. Investigadora tesista en el proyecto UBACyT F426. Becaria de posgrado Conicet-UBA. Título del proyecto de tesis: "Transformaciones políticas, reformulaciones interdiscursivas: el proceso de producción de los testimonios de Rodolfo Jorge Walsh". Dirección electrónica: <vicgg@filo.uba.ar>.

institutional and political-ideological positions which orientate the implementation of both the authorial and the editorial peritextual items. We also show the interrelationship between such positions, as conditioned by the publishing agreement that enables the material realization of the book.

Key words: *editability conditions, peritextual discourses, discursive position.*

PRELIMINAR: AUTORES Y EDITORES, UNA DIFÍCIL COMUNIDAD

Las condiciones de producción de los discursos, o los estados socio-históricos en que emergen la palabra oral y la escrita y modulan su configuración, incorporan, tal como ciertas reflexiones dentro de la vertiente francesa del análisis del discurso han procurado evidenciar desde la década de los ochenta, lo que podría denominarse el carácter grupal de la producción discursiva. Esto es, los grupos que producen y ponen en circulación los discursos —instituciones escolares, académicas, médicas, empresas mediáticas, editoriales, etc.—, cuyos rasgos sociológicos se delimitan por modos organizativos, prácticas y roles con diversos grados de institucionalización, así como por relaciones de fuerza tramadas en su interior, intervienen en los procesos semiológicos no simplemente como mediadores pasivos, que transfieren la palabra a la que proveen lugar, sino, por el contrario, como activos participantes, moduladores de los enunciados que los miembros del grupo profieren. En otras palabras, dentro de las comunidades discursivas (Maingueneau, 1984, 1987; Charaudeau, 2001) se instauran, más deliberada o más subrepticamente, pautas que restringen la producción de los discursos: estilos preferidos, escenas genéricas canónicas, posiciones de enunciación permitidas. En suma, modos de decir legítimos y medidas de aceptabilidad para la modificación o la transgresión de las normas discursivas dominantes.

La consideración de la producción discursiva como indefectible resultante de una práctica grupal vuelve a cuestionar el dominio de un sujeto hablante individual por sobre el sentido de “su” discurso, puesto que aun cuando sea un individuo el que habla, lo hace en nombre de una instancia colectiva que deja huellas en sus enunciados. Desde esta perspectiva, y acercándonos al tema que nos ocupa, una categoría como

la de autor, sostenida modernamente por el carácter individual de la producción escrituraria que se le asocia, la obra, pierde el carácter de origen del texto que lleva su nombre y aparece, en cambio, como una entidad históricamente especificada, cuya colectividad, o transindividualidad inherente, se define en las condiciones sociales que posibilitan la emergencia de su palabra y su nombre.¹ En este sentido, los espacios que el autor ocupa para enunciar, igualmente delimitados social e históricamente, dan precisión a su figura: no sólo la intelectualidad o la literatura, a cuyas reglas discursivas los autores se sujetan, sino también la esfera de la producción editorial, cuyos rasgos condicionan la puesta en circulación del texto autoral bajo la forma de libro e inciden, con ello, en el reconocimiento social del nombre de autor y su obra.

En el mundo contemporáneo la producción editorial puede identificarse como una práctica social relativamente autónoma, con peculiares modos de funcionamiento e instancias de profesionalización y legitimación propias: instituciones educativas de formación profesional, organismos de regulación y promoción de la actividad, concursos, premios, etc., que constituirían, al decir de Bourdieu (1999), un campo editorial delimitado. Sin embargo, la editorial, al igual que la noción de autor, es una forma moderna, cuya especificación subjetiva característica, el editor, emergió en Europa a comienzos del siglo XIX, facilitada por la previa difusión de la imprenta (Chartier, 1999: 64). Situada, desde ese momento, entre lectores y autores, la edición ha participado de la definición de una y otra figuras dentro del proceso de conformación de una cultura de lo escrito y lo impreso que se desarrolló junto a la consolidación de la sociedad moderna. Así, el proceso editorial prefigura, por un lado, cualidades y recorta la amplitud de los públicos destinatarios, de acuerdo con finalidades económicas y culturales, e insta, por otro lado, colectivos de lectores a cuya definición de clase se afilian objetos particulares y formas de lectura.² Al mismo tiempo, anticipa figuras de

¹ Foucault, 1969: 105; Maingueneau, 2005: 8.

² Sigfried Unseld (1978), que dirigió durante cinco décadas la editorial alemana Suhrkamp, enfatiza en *El autor y su editor* el papel de este último en la construcción de lectores-consumidores de libros. En este sentido, sostiene, por un lado, la necesidad de que la editorial cuente con “buenos especialistas en publicidad y relaciones con la prensa, contactos con los libreros, que presenten al autor al público y sepan vender el ‘producto’ libro” (Unseld, 1978: 37); y afirma, además, que “El editor no pretende con sus libros tanto satisfacer necesidades

autor legítimas, fundadas, igualmente, en una conjunción de criterios económicos y culturales —pautas de consumo detectadas en el público apuntado, así como intenciones políticas, intelectuales, pedagógicas, etc.—, que se instalan como condiciones para la editabilidad de los libros en épocas y momentos determinados.³

El recorrido histórico de la práctica editorial desde el siglo XIX hasta la actualidad muestra una gradual expansión en el mercado, que la desplazó de la librería editorial de los comienzos decimonónicos —que comercializaba sus mismos libros editados— a la casa editorial autónoma, y posteriormente al grupo capitalista editor propio de una economía que comienza a transnacionalizarse a mediados del siglo XX (Chartier, 1994: 65; García Canclini, 1999: 150). La producción editorial moderna se ha desarrollado mayormente, de hecho, en el sector privado,⁴ en empresas cuyos miembros cumplen roles más o menos estables vinculados a las tareas de la puesta en libro de un texto: editores, correctores, traductores, ilustradores, diseñadores de cubierta y, en fin, autores. Como participantes de un mismo grupo, estos sujetos concilian, más o menos forzosamente, sus “individuales” objetivos y modos de decir con una producción significativa como finalidad común y dentro de un mismo objeto que los hace legibles: el libro, al que nos dedicaremos en lo que sigue.

HACIA EL OBJETO, UN LIBRO. LOS DISCURSOS PERITEXTUALES

El libro, soporte del vínculo que se establece, no sin desencuentros, entre autores y editores, así como de la comunicación mediatizada que

como crear otras nuevas. En este sentido, trata de convencer, educar, formar, es decir, quiere ser una especie de pedagogo; o al menos ha de poseer un ‘eros’ pedagogo” (Unsfeld, 1978: 42).

³ Bourdieu (1999: 242) plantea, sobre el doble rol intelectual y económico del editor: “Por el hecho de que el libro, objeto de doble faz, económica y simbólica, es a la vez mercancía y significación [...] el editor es también un *personaje doble*, que debe saber conciliar el arte y el dinero, el amor a la literatura y la búsqueda de beneficio” (el destacado es nuestro).

⁴ Con la salvedad de las editoriales universitarias, pertenecientes al ámbito estatal. Para Argentina habría que exceptuar, además, el caso de Ediciones Culturales Argentinas, fundada en 1958 (De Sagastizábal, 1995: 130), con participación reducida en la producción de libros (Getino, 1995: 50), y las más ocasionales tiradas estatales vinculadas a gobiernos y/o planes educativos específicos. En épocas recientes, el sector editorial privado ha ocupado un rol central aun en esos procesos, produciendo libros a partir de convenios con instancias estatales.

establecen autor y lector,⁵ conforma, desde una perspectiva discursiva, un objeto plurisemiótico, cuya materialidad significativa involucra signos lingüísticos (los textos desplegados en la cubierta, la sobrecubierta y las páginas) y no lingüísticos (tamaño, formato, tipo de papel, rasgos tipográficos, fotografías, ilustraciones). Para el análisis discursivo del proceso de producción que aquí planteamos resulta operativa la noción de paratexto, delimitada primero en el campo de la teoría literaria como “aquello por lo que un texto se hace libro y se propone como tal a sus lectores, y más generalmente al público” (Genette, 1987: 7-8, la traducción es nuestra) y retomada después en el marco de la lingüística del texto y del discurso (Lane, 1992, 2006, 2008a, 2008b). Esta categoría permite, en un enfoque discursivo que toma al libro como objeto, acercarse a sus condiciones de producción-recepción, así como a sus modos de circulación material (Charaudeau y Maingueneau, 2005: 430). Orientados en este sentido, atendemos particularmente a las producciones paratextuales emplazadas dentro de la materialidad del libro, que Genette llama *peritextuales* (Cfr. Genette, 1987: 10; Lane, 2008: 1380), en tanto su análisis permite indagar: primero, el carácter colectivo del proceso de producción editorial; segundo, la incidencia de sus distintas instancias locutivas en la configuración de las categorías de autor y de obra, y, por último, las operaciones de construcción del público lector y consumidor exhibidas en distintas partes del libro.

Sobre la primera de las cuestiones puede afirmarse que el carácter colectivo de la producción discursiva implicada en la puesta en libro de un texto es observable en la diferenciación, dentro de las implementaciones peritextuales, entre una zona editorial y una autoral, a las que separan, según Genette (1987: 14), su ubicación dentro del libro, y las distintas instancias locutivas inscritas dentro del proceso de producción libresco a las que puede atribuirse la responsabilidad por lo escrito. Así, el peritexto editorial se localiza en la zona más exterior: en cubierta, lomo, solapas, índice, páginas de guarda y de títulos, y su responsabilidad es asumida principalmente por la editorial o el editor. El peritexto autoral, más interno, se atribuye al autor del texto, y recubre secciones como la introducción, el prólogo, la dedicatoria, el epígrafe

⁵ Seguimos aquí a Verón (1999: 13): todo discurso puesto en libro es mediático, es decir, constituye una de las modalidades de relación mediatizada entre los sujetos y el mundo.

y el epílogo. Mientras que el peritexto autoral se vincula a una figura típicamente individual, el autor, el peritexto editorial es, en sí mismo, una producción colectiva, propia de la edición (Genette, 1987: 20) en la que participan, con diferentes roles, distintos miembros de la empresa editorial (el propietario, el editor propiamente dicho,⁶ el diseñador de cubierta, el diseñador de página, etc.). Por otra parte, se hace necesario considerar que las categorías de lo “autoral” y lo “editorial” no representan sólo datos sobre las condiciones empíricas de la producción del libro. Se trata fundamentalmente de instancias subjetivas definidas en su presentación discursiva dentro de las diferentes partes del libro. En otras palabras, los peritextos de autor y de editor (o de la editorial) pueden caracterizarse, respectivamente, como los sectores en que autor y editor se presentan como responsables de la locución en el texto de que se trate. Esta presentación en la escena de enunciación libresca no tiene un correlato directo con los datos empíricos de la edición: el editor, en efecto, puede participar de la producción del peritexto autoral (por ejemplo, solicitando la modificación del título, o de algún segmento textual) y, a la inversa, el autor puede intervenir en la peritextualización editorial (sugiriendo un diseño de cubierta determinado, una tipografía específica, etcétera).⁷

En cuanto al segundo de los aspectos que hemos planteado, los componentes peritextuales interesan a un enfoque discursivo en la medida que, de modo privilegiado dentro de la textualidad que constituye el libro, despliegan estrategias de legitimación del decir y el saber tendientes a instaurar las figuras del autor y su obra, así como de la editorial, para promover la lectura y el consumo del libro. El autor y el editor se muestran a sí mismos y a la obra fundamentalmente en los peritextos porque, por su ubicación en el libro, en su zona más exterior (los contornos), sus componentes permiten instalar visibles representaciones sobre el libro, la obra, el autor y la editorial, que influyen tanto

⁶ Para una distinción entre editor y *publisher* desde la perspectiva de la historia cultural, véase Chartier, 1999: 62.

⁷ Autor y editor empíricos y discursivos corresponden, respectivamente, a dos planos del análisis textual que Maingueneau (2003) propone distinguir: por un lado, el de la situación comunicativa, “exterior” al texto, caracterizable en términos sociológicos, y, por el otro, el del discurso propiamente dicho, o la escena de enunciación que se construye en el interior del texto.

en el reconocimiento lector como en los hábitos de consumo cultural. En este sentido, resultan especialmente estratégicos la cubierta,⁸ que tiende a prefigurar lectores-consumidores entre sus destinatarios, y los peritextos autorales anticipatorios, que anteceden a la lectura y la orientan en sentidos determinados, con finalidades particulares (políticas, intelectuales, sociales, etcétera).

Por último, la distinción entre peritextos autorales y editoriales, vinculada a su emplazamiento dentro de la materialidad del libro, puede asociarse al tercero de los problemas presentados: el de los modos de construcción del público lector y consumidor dentro del discurso libresco. En efecto, los peritextos externo e interno se diferencian, como ya dijimos, no sólo por la instancia locutiva cuya responsabilidad se implica en la producción, sino también por los espectros de destino que típicamente postulan: respectivamente, el público en general y los lectores. Así, el peritexto externo, editorialmente confeccionado, apela al público potencialmente lector para su captación como consumidor de libros; el peritexto interno, en cambio, se dirige a los lectores efectivos. Se trata, entonces, de distintos modos de transacción paratextual (Genette, 1987: 8), o de distintos contratos de comunicación puestos en discurso en el mismo objeto libro (Charaudeau, 2006). A éstos se asocian diferentes modos de circulación y reconocimiento: así, si el peritexto interno se reconoce en la lectura —sea privada e individual o sea colectiva, realizada dentro de espacios sociales vinculados a la promoción de textos escritos (como escuelas y universidades)—, el peritexto externo, y particularmente la cubierta, incorpora otros espacios de reconocimiento, en cuanto puede aparecer como imagen expuesta en estantes de librerías y bibliotecas, públicas o privadas, y mediatizada en reseñas en la prensa escrita, avisos publicitarios, afiches, etcétera.

Con las problemáticas planteadas como lineamientos orientadores de la indagación, abordaremos a continuación el proceso de edición de *Operación masacre*, en su primera aparición, de 1957. Nos referiremos

⁸ Consideramos que las tapas de los libros pueden abordarse desde una perspectiva similar a la que Oscar Traversa *et al.* (2009) proponen para el estudio de las tapas de los semanarios. Para Traversa, las tapas funcionan por la articulación entre técnicas de producción discursivas y técnicas sociales para el alcance público, de ahí que su análisis permita elaborar hipótesis sobre los modos de producción de sentido que se despliegan en los procesos de producción y reconocimiento social de las revistas (y, desde nuestro enfoque, también de los libros).

primero, brevemente, al contexto histórico y cultural de producción del libro, para enfocar después el análisis discursivo de sus componentes peritextuales autorales y editoriales.

ALREDEDOR DE *OPERACIÓN MASACRE*: LOS CONTEXTOS

Operación masacre, de Rodolfo Walsh,⁹ se publicó por primera vez en Buenos Aires en 1957, y con modificaciones realizadas por el autor fue reeditado nuevamente en 1964, 1969 y 1972. Asociado por el análisis literario y cultural a distintos géneros: la no ficción, el testimonio, la novela policial (Cfr. Amar Sánchez, 2008: 11 y ss.; Ferro, 2010: 134), *Operación masacre* aborda hechos ocurridos en 1956 que tuvieron, tanto en su actualidad como en las décadas siguientes, amplia relevancia pública. El 9 de junio de 1956, un levantamiento militar-cívico encabezado por el general Juan José Valle intentó atentarse contra el régimen militar de Pedro Aramburu e Isaac Rojas, de orientación liberal. Éstos habían ocupado el gobierno en noviembre de 1955, al desplazar del poder a Eduardo Lonardi, uno de los nacionalistas de las fuerzas armadas que dos meses antes habían impulsado junto a aquéllos el derrocamiento de Perón, en la autoproclamada “Revolución Libertadora”.

⁹ Nacido en 1927, Rodolfo Walsh es reconocido públicamente por sus actividades dentro del periodismo, la literatura y la militancia política. Como periodista, colaboró en diversos medios de la prensa escrita nacional: revistas culturales (*Leoplán*, *Vea y Lea*, *Panorama*, *Che*, entre otras) y semanarios políticos (*Revolución Nacional*, *Mayoría*, *Azul y Blanco*, *Noticias*). Además, participó en Cuba en la conducción de la agencia de noticias Prensa Latina (1959-1961), dirigió, y escribió en él, el periódico de la CGT de los argentinos, vertiente disidente del movimiento sindical (1968-1970), y condujo la Agencia Clandestina de Noticias durante el régimen militar autodenominado Proceso de Reorganización Nacional (1976). Como escritor, publicó varios volúmenes de cuentos (*Variaciones en rojo*, 1953; *Los oficios terrestres*, 1965; *Un kilo de oro*, 1967; *Un oscuro día de justicia*, 1973), dos obras de teatro (*La granada* y *La batalla*, 1965) y tres relatos testimoniales: *Operación masacre* (1957, reeditado, con modificaciones, en 1964, 1969 y 1972), *¿Quién mató a Rosendo?* (1969) y *Caso Satanowsky* (1973). Su posición política varió de modo significativo entre los momentos iniciales y finales de su vida y obra. Así, en la década de los cuarenta se vinculó a la Alianza Libertadora Nacionalista, de carácter conservador; hacia los comienzos de los años setenta militó en organizaciones armadas del llamado peronismo revolucionario. En 1977 fue acibillado, después de difundir una “Carta abierta a la Junta Militar”, que en ese momento encabezaba el gobierno. El caso se encuentra en juicio oral y público desde diciembre de 2009. Para detalles de la biografía de Walsh, puede verse Lafforgue, 1994: 221 y ss. y Jozami, 2006.

La insurrección del 9 de junio, que contaba entre sus participantes con una amplia proporción de hombres afines al peronismo, fue detectada tempranamente por el gobierno y castigada con fusilamientos a ráfaga de metralla, determinados, en algunos casos, según sucintos juicios, y en otros por el decreto presidencial de la ley marcial. La represión incluyó procedimientos irregulares de fusilamientos, que, según investiga Walsh en su libro, se efectuaron por fuera de la vigencia de esas leyes y causaron la muerte a hombres de dudosa implicación en el levantamiento armado.¹⁰

Operación masacre habla de una coyuntura política conflictiva, donde los enfrentamientos políticos tienden a radicalizarse, y en ella se edita por primera vez. De hecho, al momento de su publicación, a finales de 1957, no sólo se planteaban oposiciones entre los liberales gobernantes y los nacionalistas desplazados del gobierno, sino también entre el sector afín al peronismo y entre quienes, dentro del poder ahora, pretendían “desperonizar” lo social. En las elecciones constituyentes de julio de 1957, el electorado vacante del peronismo, que el gobierno provisional había proscrito de la actividad partidaria a finales de 1955 (Altamirano, 2001: 68), mostró su fuerza a través del voto en blanco. En tanto, el partido promovido por el oficialismo, la Unión Cívica Radical del Pueblo (UCRP), apenas si había podido igualar su proporción (Melón Pirro, 2009: 227). En noviembre de 1957, cuando se publicó el libro de Walsh, la pugna política del posperonismo se acercaba a definiciones: para febrero del año siguiente se preveía la realización de elecciones presidenciales, y en su resolución constituiría un factor clave la captación del electorado peronista vacante.

En el campo intelectual del momento, el conflicto político constituía objeto de debate y se asistía, desde 1955, a una revisión del peronismo, cuya oposición, hasta el momento, había constituido un factor de consenso. Se inauguraba, así, una reconfiguración de los enfrentamientos

¹⁰ En el campo de la historia, Robert Potash (1985: 316) afirma sobre la insurrección del 9 de junio que “fue aplastada con una dureza que no tenía precedentes en los últimos años de la historia argentina”. En tanto, Julio César Melón Pirro (2009: 74) caracteriza los fusilamientos narrados en *Operación masacre* como “irregulares procedimientos que terminaron en la confusa administración de la muerte a las víctimas del basural de José León Suárez, como probara Walsh en un trabajo que abona la duda sobre el grado de compromiso insurreccional de estos grupos”.

tos intrínsecos al campo que anticipó el declive del liberalismo cultural reunido en *Sur*, enfáticamente antiperonista (Sarlo, 2001: 52). Frente a esto se imponía gradualmente la figura del “compromiso” sartreano como mecanismo decisivo de legitimación intelectual, la denuncia como acto de habla privilegiado de su discurso y una mirada más flexible del peronismo que había sido depuesto (Terán, 1986: 202).

De modo similar, la producción editorial, afianzada en la década anterior como campo autónomo —en 1938 se realizó el primer congreso de editores, en 1941 se creó la Cámara Argentina del Libro y en 1943 se llevó a cabo la primera feria del libro (De Sagastizábal, 1999: 121)—, se imbricaba como la intelectualidad a lo político coetáneo: la prohibición de la producción simbólica de orientación peronista, impulsada por un decreto del gobierno provisional en marzo de 1956, provocó múltiples censuras y una disminución significativa del número de títulos editados.¹¹

Las vinculaciones entre los campos político, intelectual y editorial dentro del recientemente inaugurado periodo posperonista se ponen de relieve en la primera edición de *Operación masacre*. Previamente a la aparición del libro, cuya publicación implicaba una inculpa pública a los que en ese momento gobernaban, aparecieron en la revista *Mayoría* una serie de notas tituladas “Un libro que no encuentra editor”. Las tensiones entre autor y editor no desaparecen cuando el libro finalmente se publica; por el contrario, pueden leerse en la implementación peritextual autoral y editorial del libro, tal como veremos en los apartados siguientes.

TRAYECTORIAS DE UNA OBRA Y SU AUTOR: DEDICATORIA, EPÍGRAFE, PRÓLOGO

Los peritextos autorales que se anticipan a la lectura en la primera edición de *Operación masacre* orientan las interpretaciones del texto, configurando imágenes del autor y la obra asociadas no sólo a las instituciones en que se afianza la palabra autoral: el periodismo y la

¹¹ En 1956 se editaron 4 mil 610 títulos, mientras que en 1957 el número se redujo a 2 mil 530. Datos de Lagarde, 1981 (citado en De Diego, 2006: 129).

literatura, sino también a posiciones político-ideológicas que, imbricadas a aquéllas, hacen del libro un objeto legible al momento de su publicación.

El más externo de los componentes genéricos que conforman el peritexto autoral es una dedicatoria. Situada en la página impar que sigue a las de guarda y título, instituye, por su ubicación en el libro, una primera y privilegiada figura del autor y su obra,¹² la del periodista, construida especularmente frente a un interlocutor que si ahora es destino de la enunciación, fue antes partícipe de la escritura, sujeto a quien se adjudica parte de la responsabilidad de lo escrito:¹³ “A Enriqueta Muñiz, periodista, con gratitud”. La aposición aclaratoria, de equivalencia, expone el afianzamiento del nombre de la dedicatoria en la institución periodística que hace a su constitución identitaria, igual que en el caso del autor, cuyo nombre en los peritextos autorales y editoriales, “R.J. Walsh”, reproduce el que previamente aparecía en la serie de notas de la revista *Mayoría*.¹⁴ El Walsh autor de *Operación masacre* se debe al periodismo, es en y por ese lugar social que el texto se escribe y Walsh se hace autor: la dedicatoria no sólo dice “gracias al periodismo he escrito el libro”, sino también afirma “porque (ahora) soy autor, dedico este libro (a una periodista)”.¹⁵

A la dedicatoria sigue en la sucesión de páginas un epígrafe, ubicado en la misma hoja que la dedicatoria, pero del lado par: allí el autor presenta una imagen de sí que se muestra por detrás y en el reverso de la del periodista: la del literato, anteriormente representada

¹² Las páginas impares, ubicadas del lado derecho de los libros, resultan más legibles que las pares; de allí su denominación en francés, *belle pages*.

¹³ Genette, 1987: 118 y ss.

¹⁴ El nombre del autor conformado por las dos iniciales de los nombres de pila y el apellido completo, que aparece en las notas de *Mayoría* y en la primera edición de *Operación masacre*, se mantiene hasta la edición de 1964, y se reformula en la de 1969 como “Rodolfo Walsh”. De hecho, las formas del nombre de autor vinculado a un “mismo” Walsh empírico varían, en su trayectoria de escritor entre los años cincuenta y setenta, de acuerdo con las posiciones institucionales y con los cambios en su reconocimiento social. Así, las ediciones de *Diez cuentos policiales argentinos* y *Variaciones en rojo* (1953), vinculadas a su participación dentro del campo literario, aparecen atribuidas a “Rodolfo J. Walsh”, mientras que como periodista en *Leoplán* firma con el seudónimo “Daniel Hernández”, el personaje detective de sus cuentos policiales.

¹⁵ Amar Sánchez (2008: 181) destaca cómo la figura de Enriqueta Muñiz, mencionada en la dedicatoria, desaparece en el relato de la investigación, y atribuye este borramiento a la presión que sobre el autor ejercen las convenciones del género policial.

por Walsh en el campo cultural del momento, y ya dotada de cierta legitimidad: sus cuentos policiales de *Variaciones en rojo* obtuvieron el premio municipal de literatura en 1953. Por el modo en que, típicamente, se construye la escena de enunciación de género, esto es, bajo la forma de una cita, el epígrafe valida a quien escribe como autor de una obra literaria al mostrar cómo, en ese carácter, puede ceder la palabra a otro que es *igual que él*: T.S. Eliot. Su cita, en inglés: “A rain of blood has blinded my eyes... and I wander in a land of barren boughs: if I break them they bleed; I wander in a land of dry stones: If I touch them they bleed. How can I ever return to the soft quiet seasons?”, señala a la vez, una vez traducida, al sujeto de la escritura frente a los fusilamientos de *Operación masacre* y a Eliot frente a *Asesinato en la catedral*, reunidos por la errancia y el lamento que suceden a un encuentro con la muerte violenta. Como manera de decir, en tanto, el epígrafe evoca en la interdiscursividad literaria de la etapa al Walsh ficcional policial de *Variaciones en rojo*, cuyos cuentos se introducen por epígrafes. Presentada, además, en una lengua extranjera, la forma epigrafiada integra a *Operación masacre* y su autor a un canon literario de matriz liberal: no sólo es un procedimiento frecuente en la cuentística de Borges, figura privilegiada del liberalismo cultural contemporáneo, admirada por Walsh,¹⁶ sino que también reenvía a los discursos decimonónicos de la élite política fundadora del proyecto liberal en la Argentina: en 1845, Sarmiento coloca como epígrafes citas en otros idiomas en *Civilización y barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga*, leído por Walsh, quien lo cita y autoriza en la introducción a su libro.¹⁷

¹⁶ Dentro de su tarea de editor en Hachette, Walsh incluye cuentos de Borges tanto en *Diez cuentos policiales argentinos* (1953) como en la *Antología del cuento extraño* (1956). En el primero de los libros sostiene, en la noticia introductoria de “La muerte y la brújula”, que el cuento “constituye el ideal del género” (policial) (Walsh, 1953: 6). En la otra antología, en tanto, afirma que a Borges “Se le ha acusado de practicar un juego erudito e intrascendente, olvidando que sus temas son los que atañen en forma permanente al destino humano: el tiempo y la eternidad, Dios, el misterio de la identidad personal, la creación literaria” y caracteriza “El milagro secreto” como un “espléndido relato” (Walsh, 1956: 109). Para una consideración de la impronta borgeana en los momentos iniciales de la producción literaria de Walsh, puede consultarse Romano (1994: 93 y ss.) y Amar Sánchez (2008: 166).

¹⁷ En *Civilización y barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga*, Sarmiento utiliza varios epígrafes. En la tapa coloca una cita en francés: “On ne tue point les idées”, que atribuye en el texto a Fortoul aunque, según señaló Piglia (1980: 17), corresponde a Diderot. Walsh, en la introducción a *Operación masacre*, se exhibe lector de Sarmiento y promotor de su interpreta-

De esta forma, los géneros peritextuales que circunscriben el inicio de la zona autoral del libro instalan, como contiguas puertas de acceso al texto, modos co-ocurrentes de su legitimidad y legibilidad: según indican epígrafe y dedicatoria —y como se mostrará en el interior del texto—, *Operación masacre* busca ser leída simultáneamente como informe periodístico, como narración policial y como literatura culta, conformada según el modelo cultural europeo; diferentes pactos interlocutorios habilitados para la heteróclita comunidad de lectores que el autor interpela así. La validación institucional del decir ancla en las figuras de Walsh periodista y Walsh literato, o escritor, y exhibe su desliz, en la matriz liberal que ordena genéricamente el epígrafe, hacia la dimensión político-ideológica que aparecerá en el siguiente componente peritextual, el “Prólogo para la edición en libro”, con un tono enfático.

El prólogo realiza la puesta en valor del autor y la obra (Genette, 1987: 21) reubicando el texto, que ya ha sido publicado en la prensa escrita, dentro de la nueva situación de enunciación, demarcada por el libro como soporte material de la producción de sentido. Una polémica, alegato defensivo del autor frente a lecturas y lectores oponentes a la obra, inaugura la presentación prefacial de *Operación masacre*:

Operación Masacre apareció publicada en la revista *Mayoría*, del 27 de mayo al 29 de julio de 1957: un total de nueve notas.

Los hechos que relato ya habían sido tratados por mí en el periódico *Revolución Nacional*, en media docena de artículos publicados entre el 15 de enero y fines de marzo de 1957.

Ahora el libro aparece publicado por Ediciones Sigla.

ción sobre la realidad social argentina: “el señor Jefe de Policía de la provincia de Buenos Aires [...] constituye una de las dos caras de Civilización y Barbarie estudiadas hace un siglo por un gran argentino; y justamente aquella que debe desaparecer, que todos debimos luchar por que desaparezca” (Walsh, 1957: 17). Dentro del análisis cultural y literario se han observado otros aspectos comunes entre las obras de Walsh y Sarmiento. Así, para Piglia (1994: 14) la filiación entre ambos autores se sitúa en el uso de la autobiografía y el testimonio. Jozami (2006: 84), en tanto, encuentra similitudes entre el capítulo 23 de *Operación masacre* en su primera edición y el comienzo del *Facundo*. Acerca de la incidencia de la oposición sarmientina entre *civilización y barbarie* en distintos periodos históricos del discurso social argentino, véase el estudio de Svampa, 2006.

Estos nombres podrían indicar, en mí, una excluyente preferencia por la aguerrida prensa nacionalista. No hay tal cosa.

Escribí este libro para que fuese publicado, para que *actuara*, no para que se incorporase al vasto número de las **ensoñaciones de ideólogos**. Investigué y relaté estos hechos tremendos para darlos a conocer en la forma más amplia, para que inspiren espanto, para que no puedan jamás volver a repetirse. Quienquiera me ayude a difundirlos y divulgarlos, es para mí un aliado a quien no interrogo por su idea política.

De este modo respondo a timoratos y pobres de espíritu que me preguntan por qué yo —que me considero un hombre de izquierda— colaboro periódicamente con hombres y publicaciones de derecha. Contesto: porque ellos se atreven, y **en este momento no reconozco ni acepto jerarquía más alta que la del coraje civil**. ¿O pretenderán que silencie estas cosas por **ridículos prejuicios partidistas**? Mientras los ideólogos sueñan, gente más práctica tortura y mata. Y eso es concreto, eso es urgente, eso es de aquí y de ahora.

Puedo si es necesario renunciar o postergar **esquemas políticos cuya verdad es al fin conjetural**. No puedo, ni quiero, ni debo renunciar a un sentimiento básico: la indignación ante el atropello, la cobardía y el asesinato.¹⁸

Ante el conjunto de los lectores, y ahora dentro de un libro de su autoría, el enunciador polémico busca tomar distancia de un sector del campo intelectual de la etapa —los “ideólogos”, “timoratos y pobrese espíritu”— que, localizado dentro del espectro de la “izquierda”, dificulta su posible identificación con tal posición política al cuestionar su legitimidad como autor, así como la de los grupos de la prensa escrita y la actividad editorial: los semanarios *Mayoría* y *Revolución Nacional* y Ediciones Sigla, que, situados en un nacionalismo que el autor rechaza, le proveen, sin embargo, su lugar de enunciación y hacen posible la realización material de su obra.¹⁹ Así, frente a la necesidad de hablar

¹⁸ En todos los fragmentos citados en el cuerpo del texto, las negritas son nuestras y las cursivas pertenecen a la edición de *Operación masacre*.

¹⁹ Enfocamos el posicionamiento del autor tal como se construye su figura en el libro que abordamos, ya que, a través de la amplitud de la obra de Walsh, su posicionamiento político-ideológico y, particularmente, su vínculo con el nacionalismo, revisten múltiples desplazamientos y, en consecuencia, una complejidad analítica que excede los alcances de este trabajo. Una aproximación a la relación entre Walsh y el nacionalismo puede encontrarse en Jozami, 2006: 29 y ss.

sobre los fusilamientos clandestinos, que percibe “urgente”, y ante las dificultades para reconocerse dentro las posiciones político-ideológicas que lo circundan al momento de la edición, busca instalar su imagen de autor apelando, como operación de legitimación para él y la obra que presenta, a su desvinculación de la lucha política y las ideologías —los “ridículos prejuicios partidistas”, la “idea política”, la izquierda y la derecha, los “esquemas políticos cuya verdad es al fin conjetural”—: Walsh instaura su saber sobre la masacre proclamando que la culpabilidad de los fusiladores —“la gente más práctica [que] tortura y mata”— es verdadera, *más allá de la configuración político-ideológica* en que el libro emerge. De este modo, dentro un mismo lugar ideológico de enunciación materializado en el libro, instituye su figura de autor junto al nacionalismo periodístico y editorial que publica su obra. En efecto, la negación de la política partidaria y el rechazo a las ideologías constituye un núcleo de pensamiento del nacionalismo de finales de la década de 1950 que participa, desde la producción editorial, en la publicación del libro. Sin embargo, si desde ese enfoque nacionalista es la *nación* o la *patria* lo que se antepone a lo político e ideológico,²⁰ en el discurso de Walsh, en cambio, se impone lo *civil*, según exhibe la “jerarquía” de prioridades del autor, como vuelve a enfatizarse en el cierre del prólogo:

También he aprendido que las distancias partidarias son quizá las más superficiales que separan a los hombres. Son otras las diferencias que importan: las insalvables, irreductibles diferencias de carácter.

[...] El torturador que a la menor provocación se convierte en fusilador es un **problema actual**, un claro objetivo para ser **aniquilado por la conciencia civil**. Ignorábamos hasta ahora que tuviéramos **esa fiera agazapada entre nosotros**. Aun en Alemania nazi fueron necesarios años de miseria, miedo y bombardeos para sacarla a luz. En la República Argentina bastaron seis horas de motín para que asomara su **repugnante**

²⁰ El ataque a los partidos políticos, tema característico del nacionalismo (Melón Pirro, 2009: 166), aparecía con frecuencia en el periódico *Azul y Blanco*, de orientación nacionalista católica, donde Walsh publicó algunos artículos vinculados a los fusilamientos clandestinos. Así, el semanario planteaba en 1957 que “pretende continuar y seguir la línea de lo argentino y de lo nacional *por encima de cualquier ideología y de cualquier partidismo faccioso*” (28 de mayo de 1957. El destacado es nuestro).

silueta. Aquí está, con su nombre circunstancial, para que todos la vean. Y obren en consecuencia.

Lo demás, en este preciso momento, no me interesa.

En el sector peritextual más próximo al interior del texto, y para inducir su inmediata lectura, el dispositivo enunciativo se desplaza desde la primera persona defensiva y los terceros discursivos polémicos, característicos de la apertura del prefacio, hacia la constitución de un *nosotros* que reúne bajo una “conciencia civil” colectiva a quien escribe y a los lectores junto a las víctimas de los fusilamientos: todas civiles, según especifica el autor en uno de los capítulos del libro,²¹ y en contra de los militares que, como allí se narra, impulsaron la masacre. Como la figura del autor, la de los culpables se delimita por fuera de una específica coyuntura político-ideológica: “el torturador que a la menor provocación se convierte en fusilador” aparece como personaje arquetípico, “carácter” propio de los hombres del mundo, que puede reconocerse tanto en la “Alemania nazi” como en la Argentina del presente de la enunciación, y adquiere en la obra un “nombre circunstancial”. Su rasgo definitorio, la “ferocidad” animal, reenvía a la oposición *civilización* versus *barbarie*, a cuyo fundador, Sarmiento, Walsh mira como autor.²² Así, la instancia autoral de 1957, desde la posición del civil-civilizado, modulada por la matriz liberal de su pensamiento y con sus idénticos civiles como personajes y destinatarios, denuncia la barbarie que define a los fusiladores de la represión de junio de 1956, ubicados en el gobierno al momento de la publicación.

De ese modo, la trayectoria peritextual de dedicatoria, epígrafe y prólogo de la edición de *Operación masacre* de 1957 delinea una continuidad entre periodismo, literatura y política, que toman posición

²¹ “En todo este libro he procurado deliberadamente no referirme a los militares rebeldes que fueron ejecutados dentro de los cuarteles. La pena terrible que se les infligió —aunque naturalmente no puedo aprobarla— por lo menos se explica. [...] El caso de los fusilados de José León Suárez es completamente distinto. Porque esos hombres eran *civiles* desarmados e indefensos” (Walsh, 1957: 142. El subrayado es nuestro).

²² Los procedimientos de animalización asociados a la construcción de la figura del caudillo Juan Facundo Quiroga son frecuentes en *Civilización y barbarie*: “También a él le llamaron *Tigre de los Llanos*, y no le sentaba mal esta denominación, a fe” (Sarmiento, 1999: 101); “Facundo es un tipo de la barbarie primitiva: no conoció sujeción de ningún género; *su cólera era la de las fieras...*” (Sarmiento, 1999: 110, 111. El destacado es nuestro).

contra la masacre: desde la perspectiva autoral, la puesta en obra se hace posible tanto por las instituciones periodística y literaria, que la validan, como por una negación de la dimensión político-ideológica de los hechos, que, presente como alteridad polémica, de tono enfático, en el discurso del autor, devela su importancia fundamental en la interpretación de lo ocurrido el 9 de junio. La figura del autor surge posibilitada por una alianza política que agrupa a un sujeto que ha sido antiperonista —en cuyo pensamiento persiste el canon liberal de las élites culturales de la etapa: las víctimas de los fusilamientos, vinculadas al peronismo— y a los nacionalistas que publican el libro, ante cuyo posicionamiento Walsh plantea, porque necesita hablar, una posible conciliación.

En el apartado que sigue veremos cómo el vínculo entre autor, obra y editor, que para Walsh implica tensiones y precisados acuerdos, se presenta desde la mirada editorial, proveedora del medio material para la legibilidad de la masacre.

CAPITAL INTELECTUAL, FUERZA POLÍTICA: EL EDITOR EN LAS SOLAPAS Y LA PORTADA

En la portada y en el comentario situado en las solapas del libro, los componentes peritextuales más externos y, por ello, más visibles, Ediciones Sigla despliega ante el público potencialmente lector estrategias para la promoción del consumo del libro que publica, así como interpretaciones sobre la obra y el autor, orientadoras de la futura lectura.

El comentario de las solapas puede considerarse un equivalente editorial de los prefacios autorales por su finalidad presentadora y legitimadora de la obra y su autor (Genette, 1987: 98; Lane, 1992: 19); aunque, como hemos afirmado, los peritextos editoriales se destinan de modo privilegiado a un público sólo potencialmente lector. Así, por un lado, acerca de la obra, Sigla estipula como modo de validar su edición, y refutando la lectura ficcional que podría asociarse a un libro escrito por Walsh, el carácter real de los hechos que se narran, enfatizado por su vigencia en la actualidad y proximidad espacial respecto al público al que apela el libro: “Ésta es la dramática historia de un hecho real

sucedido no en lejanas tierras o en tiempos remotos, sino a pocos kilómetros de la ciudad de Buenos Aires y en 1956”; “el actual jefe de policía bonaerense, teniente coronel Desiderio Fernández Suárez”. A ello se suma la gravedad de los sucesos, enfatizada en la dimensión cuantitativa y afectiva de los subjetivemas que componen los sintagmas designativos de la masacre y sus participantes: “*dramática* historia”, “una de las *más hondas tragedias* de la vida argentina contemporánea”, “la *inmensa mayoría* de los detenidos eran *inocentes de todo delito*”.²³ Como criterios de legitimidad de la obra, estos valores facilitan su promoción editorial al establecer la continuidad entre el libro y su interdiscurso periodístico, que ha dado lugar a la escritura de *Operación masacre*, y donde la actualidad, el anclaje a un espacio imaginable por los lectores y el carácter dramático, o insólito, constituyen condiciones que hacen noticiables los acontecimientos.²⁴

En la figura del autor, por otro lado, la edición del libro encuentra una segunda fuente de legitimidad: así, Sigla se hace eco del reconocimiento social a Walsh dentro de los campos literario y periodístico, al que respaldan sus premios —el municipal de literatura y el voto de aplauso del Sindicato Argentino de Prensa, que la editorial destaca—, y evalúa positivamente su escritura —“la aguda pluma del escritor y periodista Rodolfo J. Walsh”; “la tarea de Walsh puede considerarse a la altura de los grandes reportajes periodísticos de nuestro tiempo”—. Además, se muestra legitimada por su palabra, a la que evoca en el cierre del comentario:

Planteado el caso ante la Justicia, murió en los estrados de la Corte Suprema. Sin embargo, ante la conciencia argentina todavía no está cerrado. Así lo indica el autor en su epílogo de este agudo, tenso, por momentos conmovedor libro: “Este caso seguirá en pie, porque nosotros lo hemos de mantener en pie todo el tiempo que sea necesario”.

²³ Kerbrat-Orecchioni (1980) define a los subjetivemas como unidades léxicas que muestran más o menos explícitamente el compromiso afectivo y/o evaluativo del enunciador respecto de su enunciado. Las formas léxicas de valorización axiológica son, de acuerdo con Lane (2008b: 1385), un rasgo característico del peritexto editorial.

²⁴ Sobre los criterios que rigen la selección de los acontecimientos en los medios de comunicación puede verse Charaudeau (1997).

Al citar al escritor, Sigla se exhibe autorizada por su figura. A la vez, interviene —imperceptiblemente para el público que no ha leído el texto— sobre la palabra del autor, imprimiéndole una sutil modificación: donde en el discurso citado se lee “*los hombres civiles* lo hemos de mantener en pie”, el citante exhibe “*nosotros* lo hemos de mantener en pie”.²⁵ El procedimiento resulta significativo porque suprime un término constitutivo de la diferenciación entre civiles y militares, que, como ya afirmamos, orienta al autor en su interpretación de los hechos narrados. Hemos señalado la vinculación de la editorial con una propuesta política, el nacionalismo que, en 1955, con la destitución de Eduardo Lonardi, había sido desplazado del poder. La omisión en la cita del autor puede asociarse a ese posicionamiento; en efecto, el nacionalismo de matriz católica, característico de la etapa, promovía una alianza entre el campo político y los sectores militares, en cuanto veía en estos últimos la posibilidad de reasegurar, por medio de la fuerza armada, la homogeneización interior de la nación, cuya construcción impulsaba.²⁶ Para Sigla, así, no pueden ser sólo civiles los querellantes de la masacre, de allí que, en cambio, estipule un “nosotros” que muestra la pretensión del enunciador editorial de reunirse con el público en un colectivo opuesto al oficialismo, que percibe injusto, y al que define su carácter nacional: “la conciencia argentina” —donde el singular revela la unicidad ideológica que el nacionalismo propone para su comunidad imaginada.

En la portada, el más visible de los componentes peritextuales, se especifican, según las pautas propias del género (Genette, 1987: 26), el autor, el título de la obra, la colección y la editorial, impresos en

²⁵ “Este caso está en pie, y sigue en pie, y seguirá en pie, porque los hombres civiles lo hemos de mantener en pie todo el tiempo que sea necesario —meses o años—, sin convertirlo en bandera de ninguna creencia política, sin hacer héroes ni mártires, pero resueltos a impedir para siempre que un militarote prepotente juegue con la vida de la gente misma” (Walsh, 1957: 143).

²⁶ El nacionalismo católico presente en la configuración política contemporánea a *Operación masacre* contaba con varias de sus figuras dentro de las fuerzas armadas, entre ellas el general León Justo Bengoa, que, después de la caída de Lonardi, constituyó una alternativa que pretendía aunar las fuerzas del lonardismo y el peronismo (Melón Pirro, 2009: 175). Por su parte, *Azul y Blanco*, semanario del nacionalismo católico, proponía como proyecto político una alianza entre fuerzas armadas, sindicatos e Iglesia. Véase al respecto Contreras y Ladeuix, 2007.

ese orden, de arriba hacia abajo: situada entre el autor y el editor, la obra se exhibe como resultado del contrato que ambos firman para la publicación del libro. El nombre del autor, uno de los firmantes, reproduce la forma característica del Walsh de *Mayoría* y de los peritextos autorales, “R.J. Walsh”. Sobre el título de la obra, en cambio, se opera un añadido: al título *Operación masacre*, que se lee en las páginas de guarda y en el prólogo, se agrega un subtítulo: “Un proceso que no ha sido clausurado”. De este modo, Sigla enfatiza de nuevo, ahora polémicamente, la actualidad de los hechos narrados, como estrategia para la impugnación política de la justicia oficial, que los considera cerrados, y para asegurar la captación-construcción del público que, así interpelado, puede entenderse simultáneamente como consumidor, lector y elector. La editorial, en efecto, renombra la obra bajo un género peritextual propio de su puesta en libro, que imbrica el subtítulo característico de la obra intelectual y el eslogan de los discursos político y publicitario, con el fin de promocionar a la vez, frente a las elecciones que se avecinan, el consumo del libro y la oposición al régimen de sus contrapartes liberales, Aramburu y Rojas.²⁷

Así posicionada, Sigla inscribe el libro, además, en la “Colección Documentos”: lo incorpora a una serie de bienes culturales de intercambio cuya acumulación constituye para la editorial un capital intelectual legitimador de su propuesta política y para los destinatarios una biblioteca, forma privilegiada de la apropiación de la cultura en la lectura privada, hogareña, en los tiempos de ocio, característica de los sectores medios de la población. La tipificación genérica que la editorial propone, la del “documento”, busca, bajo la responsabilidad jurídica por la publicación que toca al posicionamiento institucional editorial, sellar una legalidad libresca para la denuncia impulsada por el autor, que se oponga a la ley oficial, dentro de cuyo marco el nacionalismo ha sido destituido y se ha producido la masacre. Sigla instala, de esa manera, el carácter inadulterable del saber narrado en el libro —hasta

²⁷ La subtitulación parece ser un procedimiento característico de la implementación editorial de Sigla, estratégico para la comercialización de sus títulos: en otro de los libros de su catálogo, publicado en 1958, se añade en la tapa al título *La revancha oligárquica y el porvenir obrero* el subtítulo *Presencia y gravitación del movimiento obrero argentino*, que, al igual que en el caso de *Operación masacre*, no aparece en los otros componentes peritextuales.

que, en 1964, bajo otras condiciones de editabilidad, se modifique para aparecer por segunda vez—, carácter que, prospectivamente, permitirá a *Operación masacre* constituirse en archivo bibliográfico y documental, memoria legítima evocada para la resistencia ante la violencia de Estado.

De esa manera, en la peritextualización externa vinculada a la edición de *Operación masacre*, que presenta a autor y obra ante el público potencialmente lector, la instancia editorial activa operaciones de legitimación del decir fundadas en el reconocimiento y la reformulación de la propuesta autoral, intentando asegurar el consumo y la legibilidad del libro. En este sentido, por una parte, la escena discursiva editorial, visible al público, muestra cómo la legitimidad del editor se ancla estratégicamente al autor y su obra; esto es, sostiene que Walsh, autor, permite al editor decir, de ahí que la editorial evalúe su figura y obra positivamente y cite su palabra como autoridad discursiva. Por otra parte, en el análisis de contraste de los discursos autoral y editorial se perciben procedimientos de recorte y sobreimpresión: la cita adulterada, el subtítulo-eslogan añadido, que indican una relación de roles inversa. En otras palabras, que es el editor quien se coloca sobre el autor —en su emplazamiento material dentro del libro, la cubierta— y lo hace hablar con condicionamientos particulares, vinculados a un objetivo comercial y político: convertir la obra en un objeto posible de ser consumido y la masacre “libertadora” en un hecho políticamente reconocido.

EPÍLOGO

Operación masacre se publica por primera vez, según hemos procurado precisar, bajo ciertas condiciones. Primeramente, la violencia que ejerce el Estado —instalada en la discursividad social del momento como aquello sobre lo que se necesita hablar— es percibida y reconstruida en sus hechos por un sujeto vuelto autor, Walsh, en cuyo posicionamiento político-ideológico inciden tanto el declive del proyecto liberal en la cultura y la política que lo rodean como el correlativo ascenso de nuevas dominancias intelectuales y políticas: la mirada nacionalista, la denuncia como acción del lenguaje intelectual, considerada legíti-

ma dentro de ese campo. La edición se hace posible, además, por un vínculo estrecho entre periodismo, literatura y política, dibujado en la figura de un autor polisémico, y por uno entre producción editorial y política, representado en las zonas socialmente más visibles del libro: sus puertas de acceso, que anteceden la lectura. Finalmente, *Operación masacre* deviene editable por la conformación —siempre tensa— de una comunidad discursiva entre autor y editor, con la publicación como finalidad común que requiere de una alianza entre sus posicionamientos. El contrato de edición precisado por la publicación se exhibe en los componentes peritextuales del libro, y en ese sentido se ha visto cómo la afiliación del autor al nacionalismo, que permite la realización de su obra, y las contradicciones que esa afiliación implica se evidencian en la manera en que, en los peritextos internos, legitima su figura discursiva frente a los lectores. En tanto, en la zona peritextual editorial los modos de legitimación del decir activados para la presentación de libro hacen aparecer las figuras del autor y la obra como garantes de la edición, al tiempo que operan, con significativos desplazamientos de sentido, reformulaciones de la palabra autoral, orientadas hacia destinatarios a la vez consumidores, lectores y portadores de una específica posición política.

De esa forma puesta en obra en 1957, *Operación masacre* se inscribe en un polo político opositor que integraban, al momento de su publicación, tanto los nacionalistas agrupados para la realización de la edición como los peronistas, protagonistas de la historia narrada, cuya fuerza se hizo particularmente visible en las elecciones presidenciales de febrero de 1958. En ellas resultó ganador Arturo Frondizi, candidato de la Unión Cívica Radical Intransigente, después de un pacto con Perón, que le proveyó los votos de su electorado vacante. Desde entonces, el libro volvería a publicarse en otras tres oportunidades en vida de su autor, y en más de veinte después de su muerte, bajo condiciones de editabilidad y posicionamientos político-ideológicos diferentes que quedan por elucidar, ya que los libros —como *Operación masacre* en 1957— pueden ser leídos, desde sus contornos, como fragmentos constituyentes de una historia social.

BIBLIOGRAFÍA

- ALTAMIRANO, C. *Bajo el signo de las masas (1943-1973)*, Buenos Aires: Emecé, 2007.
- AMAR SÁNCHEZ, A.M. *El relato de los hechos. Rodolfo Walsh: testimonio y escritura*. Buenos Aires: De la Flor, 2008 [1992].
- BOURDIEU, P. *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires: Eudeba, 1999.
- CHARAUDEAU, P. *El discurso de la información. La construcción del espejo social*. Barcelona: Gedisa, 2003 [1997].
- _____. “El contrato de comunicación en una perspectiva lingüística: normas psicosociales y normas discursivas”. *Opción*, vol. 22, 49 (2006).
- CHARAUDEAU, P., y D. Maingueneau. *Diccionario de análisis del discurso*. Buenos Aires: Amorrortu, 2005.
- CHARTIER, R. *Cultura escrita, literatura e historia*. México: Fondo de Cultura Económica, 1999.
- FERRO, R. *Fusilados al amanecer. Rodolfo Walsh y el crimen de Suárez*. Buenos Aires: Biblos, 2010.
- FOUCAULT, M. “¿Qué es un autor?” Conferencia en el College de France, 22 de febrero de 1969. Universidad Autónoma de Tlaxcala/La Letra Editores, 1990 [1969].
- GARCÍA CANCLINI, N. *La globalización imaginada*. Buenos Aires: Paidós, 1999.
- GENETTE, G. *Seuils*. París: Seuil, 1987.
- JOZAMI, E. *Rodolfo Walsh, la palabra y la acción*. Buenos Aires: Norma, 2006.
- KERBRAT-ORECCHIONI, K. *La enunciación de la subjetividad en el lenguaje*. Buenos Aires: Hachette, 1986 [1980].
- LADEUX, G., y J. Contreras. “Entre los generales y las masas. Un derrotero nacionalista durante la ‘Libertadora’, *Azul y Blanco (1956-1958)*”. *Prensa y peronismo. Discursos, prácticas, empresas. 1943-1958*, comp. por María Lilian da Orden y J. Melón Pirro. Rosario: Prohistoria, 2007.

- LAFFORGUE, J. (coord.). *Nuevo Texto Crítico*, núms. 12-13, Stanford: School of Humanities and Sciences, Institute of International Studies Center of Latin American Studies (1994).
- LANE, P. *La périphérie du texte*. París: Nathan, 1992.
- _____. “Hors d’oeuvre et chefs d’oeuvre en littérature française. Textes et paratextes des XVII et XVIII siècles”. *Journal of Language and Culture Language and Information*, vol. 3, Osaka: Department of Language and Culture School of Humanities and Social Sciences, Prefecture University (2008a).
- _____. “Les frontières des textes et des discours: pour une approche linguistique et textuelle du paratexte”. En *Actas del Congreso Mundial de Lingüística Francesa*, ed. por Durand et al. París: Institut de Linguistique Française, 2008b.
- _____. “Pour une reconception linguistique du paratexte”. En *Des discours aux textes: modèles et analyses*, dir. por P. Lane. Rouen: Presse Universitaire de Ruen, 2006.
- MAINGUENEAU, D. *Genèses du discours*. Lieja: Mardaga, 1984.
- _____. *Nouvelles tendances en analyse du discours*. París: Hachette, 1987.
- _____. “¿‘Situación de enunciación’ o ‘situación de comunicación’?” *Discurso.org*, núm. 5, 2003.
- _____. *Discurso Literário*. São Paulo: Contexto, 2006 [2005].
- MELÓN PIRRO, J. *El peronismo después del peronismo. Resistencia, sindicalismo y política luego del 55*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2002.
- PÊCHEUX, M. *Hacia el análisis automático del discurso*. Madrid: Gredos, 1978 [1969].
- PIGLIA, R. “Notas sobre Facundo”. *Punto de Vista*, núm. 8 (1980): 15-18.
- _____. “Rodolfo Walsh y el lugar de la verdad”. *Nuevo Texto Crítico*, núms. 12-13 (1994): 13-15.
- POTASH, R. *El ejército y la política en la Argentina. II. 1945-1962. De Perón a Frondizi*. Buenos Aires: Hyspamérica, 1985.
- SAGASTIZÁBAL, L. de. *La edición de libros en la Argentina: una empresa de cultura*. Buenos Aires: Eudeba, 1995.

- SARLO, B. *La batalla de las ideas (1943-1973)*. Buenos Aires: Emecé, 2007.
- SARMIENTO, D.F. *Facundo*. Buenos Aires: Emecé, 1999 [1845].
- SIGAL, S., y E. Verón. *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Buenos Aires: Eudeba, 2003.
- SVAMPA, M. *El dilema argentino. Civilización o barbarie*. Buenos Aires: Taurus, 2006.
- TERÁN, O. “Rasgos de la cultura argentina en la década de 1950”. En *En busca de la ideología argentina*. Buenos Aires: Catálogos, 1986.
- TRAVERSA, O. *et al.* “Las tapas de semanarios del siglo XX”. *Figuraciones*, 5. En línea: <www.revistafiguraciones.com.ar/numeroactual/index.php?idn=5&arch=1> [Consulta: 2009].
- UNSELD, S. *El autor y su editor*. Madrid: Taurus, 1982 [1978].
- VERÓN, E. *Esto no es un libro*. Barcelona: Gedisa, 1999.
- VIÑAS, D. “Rodolfo Walsh, el ajedrez y la guerra”. *Nuevo Texto Crítico*, núms. 12-13 (1994): 17-20.
- WALSH, R. *Variaciones en rojo*. Buenos Aires: Hachette, 1953.
- _____. *Antología del cuento extraño*. Buenos Aires: Edicial, 1976 [1956].
- _____. *Operación masacre*. Buenos Aires: Sigla, 1957.

